

tendí en tierra en el borde porque los latidos de la gran bomba me aturdían. Busqué en las paredes los escalones y de pronto sentí que me asían los piés y fui violentamente arrastrado hacia atrás. Encendí mi último cerillo que no dió fuego. Pero ya había podido sin embargo asirme de los escalones y lanzando hacia atrás violentos golpes de pié, me desprendí del estrechamiento de los Morlocks y escalé rápidamente el pozo en tanto que ellos se quedaban abajo mirándome subir, dardeando sus grandes ojos, todos, salvo un pequeño miserable que me siguió durante un momento y quiso apoderarse de mi calzado como un trofeo sin duda.

«Este escalamiento me pareció interminable. Durante los últimos veinte ó treinta piés, me vino una nausea mortal. En los últimos escalones sostuve una lucha terrible contra el desfallecimiento. Muchas veces me dió vuelta la cabeza y se me anticipó la sensación de una caída. Por fin, llegué lo mejor que pude hasta arriba y subiendo al brocal me escapé vacilante hacia el sol deslumbrador. Parecíame que del sue'lo se desprendía un olor dulce y limpio. Después recuerdo á Weena que me besaba mis manos y mis orejas y las voces de otros Elois. En seguida, y durante cierto tiempo perdí el conocimiento.

X

Quando vino la noche

«Me encontraba, después de esta empresa en una situación realmente peor que antes. —Hasta entonces, salvo durante la noche de angustia que siguió á la pérdida de la Máquina, yo había tenido la esperanza reconfortante de una liberación, pero esta esperanza se había quebrantado por mis recientes descubrimientos. —Hasta entonces me había creído simplemente retardado por la pueril simplicidad de los Elois y por alguna fuerza desconocida que no me era dado comprender para dominarla; pero un elemento enteramente nuevo intervenía con la horrible especie de los Morlocks, algo inhumano y maligno. Yo experimentaba por ellos un odio instintivo. Antes había experimentado lo que experimentaría un hombre que cayese en un pozo: mi sola idea era el pozo y la manera de salir de él. Ahora me sentía como una bes-

tía en una trampa con la aprehensión de un enemigo que debe sobrevenir muy pronto.

«El enemigo que yo tenía podrá sorprender á ustedes: Era la obscuridad de la nueva luna. Weena me había metido aquello en la cabeza por algunas observaciones al principio incomprendibles á propósito de las noches oscuras. La luna declinaba; cada día el intervalo de obscuridad era más largo. Y comprendí entonces, hasta cierto punto cuando menos, la razón por la cual los pequeños habitantes del mundo superior temían las tinieblas. Me preguntaba vagamente á qué odiosas atrocidades se entregaban los Morlocks durante la luna nueva.

«Ahora estaba casi seguro de que mi segunda hipótesis era enteramente falsa. Los habitantes del mundo superior podían bien haber sido en otros tiempo una aristocracia privilegiada y los Morlocks sus servidores mecánicos, pero todo eso había desaparecido hacía mucho tiempo. Las dos especies que habían resultado de la evolución humana declinaban ó habían llegado ya á relaciones completamente nuevas. Los Eloís, como los reyes Carlovingios habían llegado a ser simplemente futilidades bonitas: poseían aún la tierra por la tolerancia y porque los Morlocks, subterráneos desde innumerables generaciones, habían acabado por encontrar intolerable la superficie de la tierra alumbrada por el sol. Los Morlocks les hacían sus vestidos—concluía yo—y subvención á sus necesidades habituales á causa tal vez de la supervivencia

de un viejo hábito de domesticación. Hacían esto como uno caballo enfrenado mueve sus remos delanteros ó como un hombre gusta de matar animales por sport, porque necesidades antiguas y ya desaparecidas habían dejado su huella en su organismo. Pero claramente se veía que el orden antiguo había sido invertido. La némesis de los delicados Eloís avanzaba paso á paso. Durante edades enteras, durante miles de generaciones el hombre había arrojado á su hermano de su porción de bienestar y de sol. Y ahora el hermano reaparecía transformado.—Ya los Eloís habían comenzado á aprender de nuevo una vieja lección. Volvían á conocer el miedo. . . . Y repentinamente me volví al espíritu el recuerdo del almuerzo que había visto yo preparado en el mundo subterráneo. — Extrañamente ese recuerdo me oprimió, no evocado por decirlo así por el curso de mis meditaciones sino llegando casi como una interrogación de afuera.—Ensayé recordarme las formas de lo que había visto, tenía la vaga noción de que era algo familiar pero en aquel momento no podía decir lo que era.

«Sin embargo, por importantes que fuesen aquellos pequeños seres en presencia de su misterioso temor, yo estaba constituido de una manera diferente. Llegaba de aquella época nuestra, de aquella edad madura de la raza humana en que el enigma no puede detener y en que el misterio ha perdido su espanto. Yo cuando menos me defendería. Sin más dilación decidí proporcionarme armas y un retiro en que pudiese dormir.

Con este retiro como base podría afrontar ese mundo extraño con una poca de la confianza que había perdido al darme cuenta de la especie de criaturas á la cual noche tras noche iba á estar expuesto. Sentía que no podría ya dormir hasta que mi lecho estuviese en seguridad. Me estremecía de horror al pensar cómo me habrían examinado ya durante mi sueño.

«Erraba aquella tarde á lo largo del valle del Támesis pero no podía encontrar nada que me pareciese inaccesible. Todos los árboles y todas las construcciones me parecían fácilmente practicables para hombres tan ágiles como los Morlocks debían serlo á juzgar por sus pozos. Entonces las altas torrecillas del palacio de porcelana verde y el espejear de sus muros pulidos, me vinieron á la memoria y en la tarde echándome á Weena á la espalda como á un niño, subí á la colina, en marcha hacia el sureste.—Yo había percibido el palacio, la primera vez en una s'esta húmeda, en que las distancias parecían disminuidas. Además el talón de uno de mis zapatos ya no se mantenía bien y un clavo me lastimaba mucho. Yo tenía viejos botines confortables para el interior—de suerte que cojeaba.—Y sólo largo tiempo después de la puesta del sol llegué á la vista del palacio cuya negra silueta se erguía frente al amarillo pálido del cielo.

«Weena había experimentado una alegría extraña cuando comencé á llevarla, pero después de cierto tiempo deseó marchar y correr á mi lado, arrodillándose algunas veces para coger flores, con las cuales guarnecía

mis bolsillos. Weena había siempre experimentado, con respecto á mis bolsillos, un gran embarazo; pero al fin había decidido que debían ser simplemente alguna especie extraña de vasos para adornos florales. Cuan-do menos como ta es los utilizaba. Y esto me recuerda Al cambiar de jaquette he encontrado»

Nuestro amigo se detuvo, metió la mano en la bolsa y silenciosamente colocó sobre la mesita dos flores marchitas, muy semejantes á enormes malvas blancas; después siguió su relato.

«Como la calma de la tarde se extendía ya por el mundo y más allá de la colina avanzábamos hacia Wimbledon, Weena se encontró fatigada y quiso volver á la casa de piedra gris. Pero yo le mostré á distancia los techos del Palacio de Porcelana Verde, y logré hacerle comprender que debíamos buscar ahí un refugio contra lo que temíamos. Conocen ustedes esa gran paz que cae sobre las cosas en el momento en que viene la noche? La brisa misma se detiene entre las árboles. Hay siempre para mí en esa tranquilidad de la noche como un aire de espectación. El cielo era claro, profundo y vacío, aparte de algunas barras horizontales en el extremo horizonte, hacia el poniente. Aquella noche la espectación tomó el color de mis temores. En aquella tranquilidad tenebrosa mis sentidos parecieron haber adquirido una acuidad sobrenatural. Me figuraba sentir el suelo hueco bajo mis piés, y aún ver á través de la tierra á los Morlocks como en un hormiguero, yendo de aquí para allá en espera de las tinieblas. En mi excitación me

imaginaba que debían haber interpretado mi descenso hacia sus guaridas, como una declaración de guerra. Y por qué se habían robado mi Máquina?

«Continuamos, pues, en medio de la quietud de las cosas, y el crepúsculo se debilita-



ba hasta las tinieblas. El azul-claro de la lejanía se borraba, y una después de otra fueron apareciendo las estrellas. El suelo se volvió tierno y los árboles negros.

«Los temores de Weena y su fatiga se acrecieron. Yo la tomé en mis brazos habiéndola y acariciándola. Después, como la obscuridad aumentaba, me echó los brazos al cuello y cerrando los ojos, apoyó su carita sobre mi hombro. Así descendimos una larga pendiente, hasta el valle, donde á causa de la obscuridad, caí casi en un riachuelo. Lo vadeé sin embargo, y subí á la pendiente opuesta del valle, más allá de muchos palacios dormitorios y de una estatua—de fauno ó de alguna forma de ese género—á la cual faltaba la cabeza. Ahí también había acacias. Hasta entonces nada había visto de los Morlocks, pero la noche empezaba apenas y las horas sombrías que preceden á la luna nueva no estaban próximas aún.

«Desde la cima de la colina ví un bosque espeso extendiéndose, largo y negro ante mí. —Esto me hizo vacilar.—No podía verle el fin ni á derecha ni á izquierda. Sintíendome fatigado—los pies sobre todo me dolían mucho.—Coloqué con precaución á Weena en tierra y me senté sobre la yerba. Ya no veía el palacio de porcelana verde y no estaba seguro á cerca de mi dirección. Mis ojos ensayaban penetrar el espesor del bosque y pensaba en lo que ese bosque podía ocultar. Bajo el denso enredo de las ramas no debían verse ni las estrellas. Aun cuando no hubiese ahí peligro alguno oculto—peligro sobre el cual no quería discurrir—había cuando menos

las raíces con las cuales podía uno golpearse. —Yo estaba extremadamente cansado, de suerte que decidí no afrontar aquel desconocido sino pasar la noche á la interperie sobre la colina.

«Me sentí feliz al ver que Weena dormía profundamente. La envolví con cuidado en mi jaquette y me senté cerca de ella á esperar que se levantase la luna. La colina estaba tranquila y desierta pero de las tinieblas del bosque llegaban hasta mí, de cuando en cuando, un rumor como de seres vivientes. Por encima de mí brillaban las estrellas porque la noche era muy clara. Me sentía como amigablemente reconfortado por su cintilar. Sin embargo ya no encontraba en el cielo las antiguas constelaciones: su lento movimiento que es imperceptible durante centenares de vidas humanas, las había arregrado en otros grupos que ya no me eran familiares. Pero la Vía láctea me parecía como en otro tiempo la misma banderola desfleada de polvo de estrellas. Hacia el Sur, á lo que pude juzgar, había una estrella roja, muy brillante, que era absolutamente nueva para mí. Era más resplandeciente aun que nuestro Sirio verde. Y entre todos esos cintilantes puntos de luz brillaba vivamente, con una claridad regular y acogedora, un planeta, como el rostro de un viejo amigo.

«La contemplación de esas estrellas boró repentinamente mis inquietudes y todas las gravedades de la vida terrestre. Pensaba en su inconmensurable distancia y en el curso lento é inevitable de su camino desde el pasado desconocido hasta el futuro desconocido.

Pensaba en el gran ciclo procesional que describe el polo de la tierra. Cuarenta veces solamente se había producido esa silenciosa revolución durante todos los años que yo había atravesado. Y durante esas cuantas revoluciones todas las actitudes, todas las tradiciones, las organizaciones complicadas, las naciones, lenguas, literaturas, aspiraciones y aún el simple recuerdo del hombre tal cual yo lo conocía, habían sido barridos del mundo. En lugar de todo esto quedaban aquellos seres frágiles que habían olvidado su alto origen y los seres lívidos que me espantaban. Pensaba entonces en el gran temor que esperaba á las dos especies, y por primera vez, con un estremecimiento súbito comprendí claramente de donde debía provenir la nutrición animal que yo había visto. Pero eso era demasiado horrible! Contemplaba á la pequeña Weena durmiendo cerca de mí. Su rostro blanco que tenía la palidez de las estrellas. Y arrojé de mí con repugnancia aquella idea.

«Durante aquella larga noche, aparté de mi espíritu lo más que pude, el pensamiento de los Morlocks y pasé el tiempo ensayando imaginarme que yo podía encontrar las huellas de las antiguas constelaciones en su confusión nueva. El cielo estaba muy claro, aparte de algunas raras nubes de bruma ligera. Debí sin duda alguna dormir muchas veces. Después una débil claridad subió hacia el Este como la reflexión de algún fuego incoloro y la cima se levantó delgada, afilada y lívida. Inmediatamente detrás de ella, atrapándola é inundándola vino el alba, pá-

lida al principio y después rosada y ardiente. Ningún Morlock se había aproximado. A decir verdad yo no había visto ninguno sobre la colina aquella noche. Y con la confianza que me daba el nuevo día casi me pareció que mis temores habían sido irrazonados y absurdos. Me levanté y percibí que aquel de mis pies que calzaba el botín roto, se había hinchado y me dolía mucho. De suerte que me senté de nuevo, retiré mi calzado y lo lancé lejos de mí.

«Desperté á Weena y nos pusimos en camino hacia el bosque, ahora verde y agradable en lugar de ser obscuro y aterrador. Encontramos algunas frutas, con las cuales rompimos nuestro ayuno. Bien pronto nos encontramos otros Eloís riendo y danzando al sol, como si no existiese en la naturaleza esa cosa que se llama la noche. Entonces volví á pensar en el almuerzo carnívoro que había visto. Estaba cierto ahora del manjar que lo componía, y en el fondo de mi alma sentía compasión por ese postrero y débil manantial del gran río de la humanidad. Evidentemente, en un momento determinado del largo pasado de la decadencia humana, la nutrición de los Morlocks se había enrarecido. Acaso se habían nutrido de ratas y de gusanos. Ahora mismo el hombre es menos delicado y exclusivo que otras veces para su nutrición—mucho menos que cualquier mono.—Su prejuicio contra la carne humana no es un instinto muy profundamente enraizado. Así, pues, esos inhumanos hijos de los hombres... Yo trataba de considerar la cosa bajo un punto de vista científico. Des-

pués de todo, ellos eran menos humanos y estaban más lejos de nosotros que nuestros antepasados caníbales de hace tres ó cuatro mil años. Y la inteligencia había desaparecido, dejando de hacer un tormento de aquel estado de cosas. Para qué atormentarme, pues? Esos Eloís eran simplemente una pira de engorda que los Morlocks cuidaban y devoraban después. Eran la nutrición de los Morlocks... Y Weena retozaba á mi lado.

«Busqué entonces la manera de protegerme contra el horror que me invadía, viendo la cosa como un castigo riguroso del egoísmo humano. El hombre se había contentado con vivir en el bienestar y las delicias, á expensas de la labor de los otros; tenía la necesidad como la palabra de orden y de excusa, y en la plenitud de las edades la necesidad se había vuelto contra él. Yo ensayaba aún una especie de desdén á la Carlyle, para esa miserable aristocracia en decadencia. Pero tal actitud de espíritu era imposible. Por grande que fuese su envilecimiento intelectual, los Eloís habían conservado en demasía la forma humana para no tener derecho á mi simpatía y hacerme partir con ellos á fuerza su degradación y su miedo.

«Yo tenía en aquellos momentos ideas muy vagas sobre lo que iba á hacer. Mi primera idea era asegurarme algún retiro cierto y fabricarme armas de metal ó de piedra. Esta necesidad era inmediata. En seguida esperaba proporcionarme algún medio de encender fuego á fin de poseer esa arma temible de una antorcha en la mano, porque nada, yo lo sabía, sería más eficaz

contra esos Morlocks. Después necesitaría imaginar algún expediente para romper las puertas de bronce del pedestal de la Esfinge Blanca. Tenía la idea de una especie de palanca. Estaba persuadido de que si podía abrir esas puertas y mantener una flama, descubriría la máquina y podría escaparme. No podía creer que los Morlocks fuesen demasiado fuertes para transportarla muy lejos. Estaba resuelto á traerme á Weena conmigo á nuestra época actual. Y dando vuelta á todos estos proyectos en mi cabeza, proseguí mi camino hacia el edificio que mi fantasía había elegido para ser nuestra morada.

XI

El palacio de porcelana verde.

«Llegamos hacia el medio día al Palacio de Porcelana Verde, que encontré desierto y en ruinas. En las ventanas no quedaban más que fragmentos de vidrieras y grandes placas que de la verde ornamentación de la fachada se habían desprendido. El palacio estaba situado en lo alto de una pendiente cubierta de césped y volviendo mis ojos antes de entrar, hacia el Noreste, me sorprendí de encontrar un gran estero y aun un verdadero brazo de mar ahí donde yo creía que habían existido en otros tiempos Wandsworth y Battersea.

«Los materiales del palacio hallábase que eran, después de un examen, de verdadera porcelana y en el frontón percibí una inscripción en caracteres desconocidos. Pensé tontamente que Weena podría ayudarme á

interpretarla, pero luego ví que ni la simple idea de una escritura había penetrado jamás en su cerebro. Ella me parecía siempre más humana, acaso porque su afecto era tan humano. Más allá de los grandes batientes de las puertas—que estaban abiertas y despejadas—encontré en la sala habitual una larga galería alumbrada por numerosas ventanas laterales. Desde la primer ojeada me vino la idea de un museo. Había en efecto ahí una serie de objetos, alineados y recubiertos de una inmensa capa de polvo. En el centro percibi, de pie, extraña y descarnada una cosa que debía ser la parte inferior de un inmenso esqueleto. Reconoci, por los pies oblicuos que era algún ser desaparecido del género del megaterium. El cráneo y los huesos de la parte superior yacían en tierra, entre el espeso polvo y en un paraje en que la lluvia caía gota á gota de alguna hendidura del techo los huesos estaban roídos. Más lejos se encontraba el esqueleto enorme de un brontosauro. Mi hipótesis de un museo se confirmaba. Pegados á las paredes se encontraban los habituales estantes envidriados tal cual los vemos ahora. Pero debían ser impermeables al aire á juzgar por la conservación perfecta de la mayor parte de las cosas que contenían.

«Evidentemente estábamos en medio de las ruinas de alguno de los últimos museos de historia natural. Aquella sala era aparentemente la sección Paleontológica que había encerrado una espléndida colección de fósiles.

«Un gran silencio llenaba la sala.

«El espeso polvo amortiguaba los pasos.

«Continuando mi exploración encontré otra galería corta, transversal á la primera, que parecía estar consagrada á los minerales, y la vista de un bloc de azufre me despertó la idea de la pólvora, pero no pude encontrar salitre y ningún nitrato de ninguna especie. Aparentemente esta galería estaba consagrada á la historia natural, pero todo lo que había en ella encerrado era absolutamente inconocible. En seguida llegamos á una galería de dimensiones simplemente colosales, pero muy mal alumbrada. Algunos globos blancos pendían á intervalos del techo, sugiriendo la idea de un viejo alumbrado artificial.

«Aquí estaba yo más en mi elemento, porque de cada lado se elevaban las masas enormes de gigantescas máquinas, todas grandemente corroidas, y un gran número rotas, pero algunas suficientemente completas. Ustedes conocen mi debilidad por la mecánica, y yo estaba dispuesto á retardarme en medio de todo aquello, figurándome que podría resolver enigmas y encontrarme en posesión de poderes que me serían útiles contra los Morlocks.

«De pronto Weena se aproximó mucho á mí; y tan repentinamente, que me estremecí. Si no hubiera sido por ella, creo que no habría notado la inclinación del piso de la galería. Este estaba cubierto de polvo, y en el polvo se advertían las huellas de los pies de los Morlocks.

«Tomé la mano de Weena. Después, presa de una idea súbita, la dejé y avancé hacia

una máquina, donde surgía una palanca. La así, y con todas mis fuerzas la sacudí en todos sentidos. Repentinamente Weena, á quien había dejado en medio de la galería, se echó á gemir. Yo había conjeturado muy exactamente la fuerza de resistencia de la palanca, porque después de un minuto de esfuerzos se rompió, y yo me uní á Weena, llevando en la mano una masa más que suficiente para cualquier cráneo de Morlock que pudiese encontrar. Tarde se me hacía matar algunos. Muy inhumana les parecerá á ustedes esta idea de despedazar á mis semejantes; pero no era posible resentir el menor sentimiento de humanidad con respecto á esos seres. Mi sola repugnancia de abandonar á Weena, y la convicción de que si comenzaba á apaciguar mi sed de muerte mi Máquina podría sufrir las consecuencias, fueron las razones que me impidieron descender la galería é ir destruyendo Morlocks.

«Así, pues, con la masa en una mano y llevando á Weena por la otra, salí de esta galería y entré en una mayor aún, que á primera vista me pareció una capilla, pero que advertí luego era una biblioteca. Qué ruina! estantes y libros se habían vuelto polvo! Si yo hubiese sido literato, acaso habría hecho consideraciones sobre la futilidad de toda ambición. Cuánta labor cerebral inútil!

«Subiendo después una larga escalera, llegamos á lo que debió ser en otro tiempo una galería de química técnica. Salvo en una extremidad en que el techo se había derrumbado, esta galería estaba bien conservada. Yo recorría con precipitación las cajas que

habían permanecido incólumes, y por fin, en una de ellas, encontré una caja de cerillos! Precipitadamente encendí uno. Estaban perfectamente buenos, ni siquiera húmedos! Me volví hacia Weena. «Danza,» le dije en su propio idioma, y nos pusimos á danzar. Ya había encontrado un arma contra los Morlocks!

«Aún pienso que el hallazgo de esta caja de cerillos á través de tantos miles de años, es la cosa más extraña y más afortunada al mismo tiempo. Todavía más, descubrí extrañamente también una substancia más inverosímil todavía: alcanfor. La encontré en una redoma sellada, que por casualidad, según supongo, había sido cerrada de una manera absolutamente hermética. Al principio creí que era cera blanca, y en consecuencia, rompí la redoma. Pero no podía engañarme con el olor del alcanfor. En la universal descomposición, esta substancia volátil se encontraba por azar sobreviviendo, á través quizá de muchos miles de siglos. Estaba á punto de arrojarlo; pero recordé que el alcanfor era inflamable y ardía con una flama viva y brillante—formando una excelente bugía—y lo puse en mi bolsa. No encontré, sin embargo, otro explosivo, ni medio alguno de derribar las puertas de bronce. Hasta ahí mi palanca era el único objeto que encontré. Sin embargo, abandoné aquella galería grandemente alegre y seguí discurrendo por interminables salones, silenciosos, en ruinas, llegando por fin á un patiecillo en el interior del palacio. Sobre unos céspedes habían crecido ahí tres árboles frutales. Nos

detuvimos á descansar y las frutas nos refrescaron.

«Hacia la puesta del sol empecé á considerar nuestra posición. La noche nos envolvía lentamente y yo aún tenía que encontrar nuestro inaccesible refugio. Pero eso me turbaba bien poco ahora. Tenía en mi posesión una cosa, que era quizá la mejor de todas las defensas contra los Morlocks; tenía cerillos! Tenía también alcanfor en mis bolsillos, dado que hubiese necesidad de una flama de larga duración. Me parecía que lo que mejor pódíamos hacer era pasar la noche á pleno aire, protegidos por el fuego. Ya en la mañana venaría la conquista de la Máquina. Con este fin yo guardaba mi masa de fierro. Pero ahora, con las nociones que había adquirido, experimentaba sentimientos enteramente diferentes con respecto á las puertas de bronce. Hasta aquel momento me había abstenido de forzarlas, á causa del misterio que ocultaban; pero jamás me habían hecho la impresión de ser muy sólidas, y esperaba que mi barra de fierro no sería demasiado desproporcionada para mi obra.

XII.

En medio de las tinieblas.

«Salimos del palacio cuando el sol estaba aún en parte sobre el horizonte. Yo había decidido llegar hasta la estinga Blanca, al día siguiente muy temprano, y me proponía atravesar, antes de la noche, el bosque que á la ida me había servido de obstáculo. Mi plan era ir tan lejos como pudiese aquella noche, y en seguida preparar un fu'gi, protegidos por el cual podríamos dormir. En consecuencia, á lo largo del camino recogí yerbas secas y ramas, con las cuales llené bien pronto mis brazos. Cargado así, avanzábamos más lentamente de lo que habíamos previsto, y además, Weena estaba cansada. Yo comenzaba también á sentir un entorpecimiento. Era absolutamente de noche cuando llegamos al bosque. Weena, temiendo la obscuridad, habría querido detenerse ahí; pero la singular sensación de una cala-

idad inminente que habría debido servirme de advertencia, me arrastró hacia adelante. Yo no había dormido desde hacía dos días y una noche, y estaba febricitante é irritable. Sentía que venía el sueño y que con él vendrían los Morlocks.

«En tanto que vacilábamos, ví entre los matorrales, claros entre la obscuridad profunda, tres formas que saltaban. Y no me sentía protegido contra su aproximación insidiosa. El bosque, según yo suponía, debía tener cuando menos una milla de anchura. Si podíamos, atravesándolo, llegar al declive desnudo de la colina, me parecía que encontraríamos un lugar absolutamente seguro. Pensé que con mis cerillos y el alcanfor lograría alumbrar mi camino á través del bosque. Sin embargo, era evidente que para agitar en una mano los cerillos, me era preciso abandonar mi provisión de madera; así, pues, la deposité en tierra muy á la mano. Entonces me vino la idea de asustar á nuestros enemigos encendiéndola. Bien pronto debía descubrir la atroz locura de este acto, que me pareció al principio una táctica ingeniosa para cubrir nuestra retirada.

«Yo no sé si habrán ustedes pensado alguna vez lo raro que debe ser la llama en la ausencia del hombre y bajo un clima templado. El calor solar es rara vez demasiado fuerte para producirla, aún cuando esté concentrado por gotas de rocío como acontece alguna vez en los países tropicales. El rayo puede abatir y carbonizar, pero rara vez es causa de incendios considerables. Los vegetales en descomposición pueden ocasional-

mente producir fuertes calores durante la fermentación; pero es raro que de ellos resulte una llama. En aquella época de decadencia, el arte de producir fuego había sido olvidado sobre la tierra. Esas lenguas rojas que se elevaban devorando los haces de madera eran para Weena una cosa extraña y enteramente nueva.

«Quería cogerlas y jugar con ellas y creí que en ellas se habría arrojado si no se lo hubiese yo impedido. Pero yo la tomé en mis brazos y á despecho de su resistencia penetré con ella rectamente en el bosque. Hasta cierta distancia la llama alimentó mi camino. Volviéndome, pude ver, á través de la multitud de troncos, que desde el haz de ramas el fuego se extendía á algunos matorros adyacentes, y que una línea luminosa avansaba hacia las yerbas de la colina. Al ver esto me eché á reír y seguí mi camino. La obscuridad era cada vez más densa y Weena se apretaba á mí convulsivamente; pero como mis ojos se iban acostumbrando á la obscuridad todavía podía ver los troncos de los árboles. Por encima de mí todo era negro, excepto aquí y ahí en que un pedazo de cielo azul lejano, brillaba dulcemente. En mi brazo derecho llevaba á mi amiguita y en mi brazo izquierdo mi barra de fierro.

«Durante cierto tiempo no oí otra cosa que el crujir de las ramas bajo mis piés, el estremecimiento de la brisa en los árboles, mi propia respiración y las pulsaciones de la sangre en mis oídos. Después me pareció percibir una infinidad de leves rumores en rededor de mí. Felizmente apreté el paso.

Los rumores fueron siendo más distintos y percibí claramente los sonidos y las voces extrañas que había oído ya en el mundo subterráneo. Debían ser evidentemente los Morlocks, que me envolvían poco á poco, y de hecho, un minuto después, sentí que tiraban de mi vestido, después algo en mi brazo. Weena se estremeció violentamente y se quedó completamente inmóvil.

«Era el momento de encender un cerillo. Pero para eso necesitaba yo depositar á Weena en tierra. En tanto que buscaba en mis bolsillos, surgió una lucha á mis piés entre las tinieblas. Weena absolutamente silenciosa, se había asido de mis rodillas y los Morlocks me palpaban por todas partes llegando algunos hasta mi cuello. Entonces raspé mi cerillo y lo levanté en el aire, y ví las espaldas lívidas de los Morlocks que huían entre los troncos. Tomé de prisa un trozo de alcanfor y me mantuve presto á inflamarlo, luego que el cerillo fuese á extinguirse.

Después examiné á Weena. Estaba extendida, apretando mis piernas, inanimada y pegada la cara hacia el suelo. Presa de un terror repentino me aproximé hacia ella. Respiraba apenas, encendí el trozo de alcanfor y lo puse en tierra. Mientras ardía, alejando los Morlocks y las tinieblas, me arrojé y levanté á Weena. Detrás de mí el bosque parecía lleno de la agitación y del murmullo de una tropa numerosa.

Weena parecía desvanecida. La puse dulcemente sobre mi hombro y me levanté para partir. Pero la horrible realidad me apare-

ció entónces. Por ocuparme de los cerillos y de Weena había dado muchas vueltas sobre mí mismo y ya no tenía ahora la menor idea de la dirección que debía seguir. Lo que pude saber fué que probablemente hacía cara al palacio de porcelana verde. Empecé á sudar frío. Era preciso tomar rápidamente una determinación.

Resolví encender fuego y acampar en donde estábamos. Apoyé á Weena, inanimada como estaba, contra el tronco de un árbol y de prisa, antes que mi primer pedazo de alcanfor se extinguiera, me puse á juntar ramas y hojas secas. Aquí y ahí en las tinieblas, los ojos de los Morlocks flameaban como carbunclos.

«La flama del alcanfor vaciló y se extinguió. Yo encendí un cerillo é inmediatamente dos formas lívidas que en el corto intervalo de obscuridad se habían aproximado á Weena, huyeron y una de ellas de tal suerte fué cegada por el fulgor repentino, que vino á mí rectamente y sentí quebrantarse sus huesos bajo el puñetazo que le aseté; lanzó un grito de terror, vaciló un momento y cayó. Y encendí otro trozo de alcanfor y continué buscando leña. De pronto noté cuán seco estaba el follaje en mi rededor, porque desde mi llegada en la máquina, hacía una semana no había caído una gota de agua. Así pues en lugar de buscar entre los árboles ramas caídas me puse á derribar ramas. Bien pronto tuve un fuego de leña verde y ramas secas que esparcían un humo sofocante, pero que me permitía economizar mi alcanfor. Entónces me ocupé de Weena, la cual conti-

nuaba extendida junto á mi masa. Hice todo cuanto pude por reanimarla, pero estaba como muerta. No pude ni aun darmé cuenta de si respiraba aún ó no.

«El humo á la sazón se abatía en mi dirección, y entorpecido por un olor acre debí dormirme de pronto. Además había en el aire vapores de alcanfor. Mi fuego podía durar una hora. Me sentía agotado después de tantos esfuerzos y me había sentado. El bosque estaba también lleno de un aturdidor murmullo, cuya causa no podía yo comprender. Me pareció que acababa de cerrar los ojos y que los abría de nuevo. Pero todo era negro y sentí sobre mí las manos de los Morlocks. Rechazando vivamente sus dedos, de prisa, busqué rápidamente en mi bolsa la caja de cerillos... Ya no la tenía! Entonces ellos me asieron y trataron de dominarme. En un segundo comprendí lo que había pasado; me había dormido y el fuego se había apagado: la amargura de la muerte me llenó el alma. El bosque parecía invadido por un olor de madera que arde. Fui asido por el cuello, por los cabellos, por los brazos, y mantenido en tierra.

«Y era un indecible horror el de sentir en la obscuridad á todas esas criaturas blandas anontonadas sobre mí. Tuve la sensación de encontrarme preso en una tela de araña. Estaba abrumado y ya no luchaba. Pero súbitamente me sentí mordido en el cuello por dientecillos agudos. Me volví de lado y por casualidad tropecé con la palanca de fierro. Esto me volvió el valor, me agité sacudiéndome á aquellas ratas humanas y cogiendo

corta la palanca, herí donde me imaginaba que estaban sus cabezas. Sentí bajo mis golpes un delicioso aplastamiento de carne y de huesos, y en un instante me ví libre.

«La extraña alegría que tan frecuentemente acompaña á un rudo combate, me invadió. Yo sabía que Weena y yo estábamos perdidos, pero resolví que los Morlocks pagarían cara nuestra piel. Me repecué á un árbol, esgrimiendo mi barra de fierro ante mí. El bosque estaba lleno de sus gritos y de su agitación. Pasó un minuto, sus voces parecieron elevarse á un alto diapason de exaltación y sus movimientos fueron más rápidos. Sin embargo, ninguno se puso al alcance de mis golpes. Yo permanecía ahí tratando de escrutar las tinieblas, cuando de pronto me volvió la esperanza: Qué era lo que así asustaba á los Morlocks? Y al propio tiempo ví una cosa extraña. Las tinieblas parecieron volverse luminosas. Vagamente comencé á distinguir á los Morlocks al rededor de mí, —tres de ellos muertos á mis piés— y noté entonces, con una sorpresa incrédula que los otros huían en oleadas incesantes á través del bosque, y que sus espaldas ya no eran blancas sino rojizas. En tanto que asombrado yo los miraba pasar, ví en un claro de cielo estrellado, entre las ramas, una chispita roja voltejear y desaparecer. Y comprendí entonces que el olor que percibía era el de la madera que arde, y el murmullo aturdidor que entonces se convertía en rugido y los reflejos rojizos y la huida de los Morlocks, me parecieron perfectamente explicables.

«Apartándome un instante de mi tronco de árbol, miré hacia atrás y ví, entre los pilares negros de los otros árboles, las llamas del bosque que ardía. Mi primer vivac había prendido fuego á la floresta. Busqué á Weena, pero ya no estaba ahí. De atrás de mí los silbos y los crujidos, el ruido de explosión de cada tronco que se encendía, daban poco tiempo para reflexionar. Con mi barra de hierro en la mano corrí sobre las huellas de los Morlocks, fué aquella una carrera loca. En cierta ocasión las llamas avanzaron tan rápidamente hacia mi derecha, que tuve violentamente que volverme á la izquierda para no quemarme. Pero, por fin, llegué á un pequeño claro, y en aquel mismo instante un Morlock llegó vaciante, tropesó conmigo y se precipitó directo en las llamas.

«Iba á tocarme contemplar el más horrible y aterrador espectáculo que me fuese dado ver en aquella edad del porvenir. A los fulgores del incendio, el claro aquel estaba tan iluminado como por la luz del día. En el centro había un montículo, un túmulo coronado por un matorro de espinas secas. Más allá, otro brazo de la floresta estaba ardiendo, y el claro se veía ceñido por una lengua de fuego. Sobre el montículo había treinta ó cuarenta Morlocks, deslumbrados por la luz y el calor, corriendo de aquí para allá, chocando los unos con los otros en su confusión. Al principio yo no pensé que estuviesen cegados, y con mi barra de hierro, en un frenesí de temor, los hería cuando se me aproximaban, matando á unos y estropeando á muchos otros. Mas cuando hube

advertido los gestos de uno de ellos, que tentaleaba alrededor del matorro de espinas y hube oído sus gemidos, me convencí de su miserable estado de impotencia en medio de aquella claridad, y cesé de herir.

XIII

La trampa de la esfinge blanca.

«Sin embargo, de cuando en cuando uno de ellos corría rectamente sobre mí, proporcionándome cada vez un estremecimiento que me arrojaba de lado. Un momento hubo en que las llamas bajaron mucho y yo temí que esas infectas criaturas pudieran percibirme. Pensé también antes de que eso aconteciese, entablar el combate matando á algunos; pero las llamas se elevaron de nuevo con violencia y esperé. Me paseaba entre ellos evitándolos y buscando algunas huellas de Weena; pero Weena no estaba ahí ya.

«Al fin me senté en la cima del montículo contemplando aquella extraña tropa de seres cegados, que corrían de aquí para allá tentaleando y lanzando gritos horribles en tanto que las llamas se abatían sobre ellos. Espesas volutas de humo inundaban el cielo

y á través de las desgarraduras de aquella inmensa cortina roja, lejanas, como si perteneciesen á otro universo, cintilaban las estrellas. Dos ó tres Morlocks vinieron á dar contra mí y los rechacé á puntapiés estremeciéndome.

«Durante la mayor parte de aquella noche yo estuve persuadido de que no era más que una pesadilla. Me mordía y gritaba con un deseo apasionado de despertar. Hería el suelo con mis manos y me levantaba y tornaba á sentarme. Llegué á frotarme los ojos y á suplicar á la Providencia que me permitiera despertarme. Tres veces ví á un Morlock en una especie de agonía, lanzarse con la cabeza baja entre las llamas. Pero al fin, por encima de los últimos fulgores rojizos del incendio, por encima de las masas móviles de humo negro, de los troncos de árboles medio consumidos y del número disminuido de aquellas vagas criaturas, subieron las blancuras del día.

«De nuevo me puse en busca de Weena, pero no la encontré en ninguna parte. Era claro que los Morlocks habían dejado su pobre cuerpecito en el bosque. No puedo decir cómo endulzó mi pena pensar que había escapado al horrible destino que le estaba reservado: á ser comida por ellos. Pensando en esto estuve casi á punto de emprender una matanza de aquellos impotentes que corrían aún al derredor de mí, pero me contuve. Aquel montículo, como ya lo he dicho, era una especie de islote en la floresta. De su cima podía yo distinguir, á través de un espeso humo el palacio de porcelana verde, lo

que me permitía encontrar de nuevo mi dirección hacia la Esfinge Blanca. Entonces, abandonando al resto de aquellos condenados que se arrastraban aun de aquí para allá gimiendo, ví al rededor de mí algunas yerbas y avancé cojeando á través de las cenizas humeantes y entre los troncos negros que agitaba aún una combustión interior, en dirección al escondite de mi Máquina. Marchaba lentamente porque estaba casi agotado, y me sentía horriblemente desgraciado por la muerte de la pequeña Weena. Su pérdida me parecía una abrumadora calamidad. En este momento, en esta piecinita familiar, la desgracia me parece más bien la pena que resta de un sueño que una pérdida verdadera, pero entonces aquella muerte me dejaba absolutamente solo. Me vino el recuerdo de esta casa, de algunos de vosotros y con esos pensamientos me invadió el deseo de todo esto, ese deseo que era un sufrimiento.

«Pero al avanzar sobre las cenizas humeantes, bajo el cielo brillante de la mañana, hice un descubrimiento. En la bolsa de mi pantalón había aún algunos cerillos que debieron escaparse de mi caja antes que los Morlocks la tomasen.

«En la mañana, á eso de las ocho ó las nueve llegué á esa misma banca de metal amarillo, desde donde la tarde de mi llegada había lanzado mis primeras miradas sobre aquel mundo. Pensé en las conclusiones precipitadas que hice aquella noche y no pude impedirme reír amargamente de mi presunción. Era aún el mismo hermoso paisaje, los

mismos follajes abundantes, los mismos espléndidos palacios, las mismas ruinas magníficas y el mismo río argentado corriendo entre sus riberas fértiles. Los trajes alegres de los Elois pasaban aquí y ahí entre los árboles. Algunos se bañaban en el lugar exacto en que yo había visto á Weena y esta consideración reavivó mi dolor. Como manchas que desfiguraban el paisaje elevábase las cúpulas por encima de los pozos que conducían al mundo subterráneo. Ya sabía yo lo que ocultaba aquella belleza del mundo exterior... Muy agradablemente pasaban los días para sus habitantes, tan agradablemente como los pasan los rebaños en los campos. Como los rebaños, no conocían enemigo alguno, no tenían necesidades... pero su fin era el mismo.

«Me entristecí pensando cuán breve había sido el ensueño de la inteligencia humana; se había suicidado, se había puesto firmemente en camino hacia el *comfort* y el bienestar, hacia una sociedad equilibrada, con las palabras *seguridad y estabilidad* como lema; había alcanzado su fin, había llegado ahí finalmente. Un día la vida y la propiedad debieron haber alcanzado una seguridad casi absoluta. El rico se había visto asegurado en su opulencia y en su bienestar, el trabajador en su vida y en su trabajo. Sin duda en ese mundo perfecto no había habido ningún problema inútil, ninguna cuestión sin resolver y había seguido una gran quietud.

«Es una ley natural demasiado olvidada, que la versatilidad intelectual es la compensación del cambio del peligro y la inquietud.

Un animal en armonía perfecta con su ambiente, es un puro mecanismo. La naturaleza no hace jamás un llamamiento á la inteligencia, á menos que el hábito y el instinto sean insuficientes. No hay inteligencia ahí donde no hay cambio alguno, ni necesidad de cambiar. Sólo tienen parte en la inteligencia los animales que tienen que afrontar una gran variedad de necesidades y de peligros.

«Así, pues, como yo podía verlo, el hombre del mundo superior había derivado hasta una graciosa impotencia, y el hombre subterráneo hasta la simple industria mecánica. Pero á ese estado perfecto le faltaba aún alguna cosa para tener la perfección mecánica: la estabilidad absoluta. Aparentemente, á medida que corría el tiempo, la subsistencia del mundo subterráneo, de cualquier manera que se hubiese producido, habíase vuelto irregular. La necesidad que había sido nulificada, durante algunos miles de años, volvió á apoderarse de su obra allá abajo. Los del mundo subterráneo, estando en contacto con una mecánica que, por perfecta que haya podido ser, necesitaba, sin embargo, un poco de pensamiento fuera de la rutina; habían, probablemente, conservado por fuerza, un poco más de iniciativa y menos de los otros caracteres humanos, que los del mundo superior. Así, pues, cuando les faltó el alimento, volvieron á la antropofagia... Así fué como ví, por última vez, el año ochocientos dos mil setecientos uno. Puede ser que sea ésta la explicación más

falsa; pero á mí me pareció la más lógica, y así se las doy á ustedes.

«Después de las fatigas, las excitaciones y los terrores de los días pasados, y á despecho de mi pena, aquel sitio desde donde contemplaba yo el paisaje tranquilo bañado de un tibio sol, me ofrecía un agradabilísimo reposo. Yo estaba abrumado de fatiga y de sueño, de suerte que pronto empezó á dominarme el último. Percibiéndome de ello, tomé mi partido, y extendiéndome sobre el césped me dormí.

«Me desperté un poco antes de que se pudiese el sol. Ya no temía ser sorprendido por los Morlocks mientras dormía, y levantándome descendí la colina del lado de la Esfinge Blanca. Tenía mi palanca en una mano, en tanto que la otra jugaba con los cerillos en la bolsa.

«Sobrevino entonces la cosa más inesperada. Al aproximarme al pedestal de la esfinge encontré los panós de bronce abiertos. Los habían deslizado hacia abajo á lo largo de las ranuras; al ver esto, me detuve de golpe, vacilando en entrar.

«En el interior había una especie de camarita, y en un rincón se encontraba mi Máquina! Yo tenía las palanquitas que le faltaban, en la bolsa.

«Así, pues, al cabo de todas mis penosas preparaciones, encontrábame enfrente de una humilde capitulación. Arroqué lejos mi barra de hierro, enfadado de no haber podido hacer uso de ella.

«Un pensamiento repentino me vino á la mente, en tanto que me inclinaba para en-

trar. Por primera vez me parecía sorprender las operaciones mentales de los Morlocks. Reteniendo un gran deseo de reír, pasé bajo el cuadro de bronce y avancé hasta la Máquina. Me sorprendió encontrar que había sido cuidadosamente enaceitada y lavada. Después he creído que los Morlocks deben haberla desmontado en parte para ensayar á su vaga manera adivinar su uso.

«Entonces, en tanto que yo la examinaba, encontrando un gran placer sólo en tocar mi invento, lo que yo esperaba se produjo. Los panós de bronce se cerraron con un ruido violento. Yo estaba en la obscuridad. Había caído en la trampa. Cuando menos esto era lo que creían los Morlocks, y de su creencia me reía yo para mí,

Oía ya su risita murmurante en tanto que avanzaban. Con mucho cuidado ensayé encender un cerillo. No tenía más que fijar las palancas de la máquina y desaparecer como un fantasma. Pero no había contado con una cosa insignificante. Los cerillos que me quedaban eran de esa clase abominable que no enciende sino en la caja.

Ya podréis imaginaros lo que fué de mi calma.

Los pequeños brutos venían todos contra mí. Uno me tocó. Con los brazos extendidos y las palancas en las manos hice el vacío en mi alrededor y comencé á instalarme en mi máquina. Entonces una mano se posó sobre mí, luego otra. Tenía que defenderme contra sus dedos que encayaban con persistencia arrancarme las palancas y que encontrar á tientas lossitios á que se adaptaban. De hecho

llegaron casi á arrancarme una. Pero cuando yo sentí que se me deslizaba de los dedos no tuve para volver á apoderarme de ella más que dar un golpe en la obscuridad y oír resonar el cráneo de un Morlock.

«Este último esfuerzo me pareció más serio todavía que mi lucha en el bosque.

«Pero por fin la palanca quedó fijada. Las manos que me habían asido se desprendían de mí. Las tinieblas se disiparon y me encontré en la misma luz gris y el mismo tumulto que he descrito. Todo giraba en redor... Iba hacia el pasado.